MUJERES LIBRES

SUMARIO

Sin que pretendamos ser infalibles, tenemos la certeza de llegar en el momento oportuno. Ayer hubiera sido demasiado pronto; mañana, tal vez, sobrado tarde.

Henos, pues, aquí, en plena hora nuestra, dispuestas a seguir hasta sus consecuencias últimas el camino que nos hemos trazado; encauzar la acción social de la mujer, dándola una visión nueva de las cosas, evitando que su sensibilidad y su cerebro se contaminen de los errores masculinos. Y entendemos por errores masculinos todos los conceptos actuales de relación y convivencia; errores masculinos, porque rechazamos enérgicamente toda responsabilidad en el devenir histórico, en el que la mujer no ha sido nunca actora, sino testigo obligado e inerme.

No encierra esto una recriminación para nadie; si nos duele todo el pasado de ignominia en que se nos tuvo hundidas, no nos atrevemos a pensar, sin embargo, que pudo ser de otra manera; sabemos que la Humanidad va haciendo su camino a costa del propio dolor y no nos interesa rememorar el pasado, sino forjar el presente y afrontar el porvenir, con la certidumbre de que en la mujer tiene la Humanidad su reserva suprema, un valor inédito capaz de variar, por ley de su propia naturaleza, todo el panorama del mundo.

¿Resurrección del feminismo? ¡Bah! El feminismo lo mató la guerra dando a la mujer más de lo que pedía al arrojarla brutalmente a una forzada sustitución masculina. Feminismo que buscaba su expresión fuera de lo femenino, tratando de asimilarse virtudes y valores extraños no nos interesa; es otro feminismo, más sustantivo, de dentro a afuera, expresión de un «modo», de una naturaleza, de un complejo diverso frente al complejo y la expresión y la naturaleza masculinos.

¿Declaración de guerra, acaso? No, no. Compenetración de intereses, fusión de ansiedades, afán de cordialidad a la búsqueda del destino común. Deseo de aportar a la vida el sentido de equilibrio que le falta, y de donde provienen todos sus males.

Pero esto es ya más que feminismo. Feminismo y masculinismo son dos términos de una sola proporción; hace algunos años un periodista francés, Leopoldo Lacour, halló la expresión exacta: humanismo integral.

Por falta de integridad y, consecuentemente, por falta de equilibrio, amenaza hundirse la civilización. La especie para reproducirse necesita de dos elementos, masculino y femenino; la sociedad es el medio en que la especie se desenvuelve, y si en la creación de este medio no concurren por igual los elementos antedichos, es inevitable que se produzca en el sér moral un desequilibrio peligroso, que puede llevar por caminos de ruina a la Humanidad entera.

He aquí la terrible encrucijada en que nos hallamos ahora. Exceso de audacia, de rudeza, de inflexibilidad. virtudes masculinas, han dado a la vida este sentido feroz por el que los unos se alimentan de la miseria y el hambre de los otros; la Humanidad se ha desenvuelto en dirección unilateral y esa es la consecuencia. La ausencia de la mujer en la Historia ha acarreado la falta de comprensión, de ponderación y afectividad, que son sus virtudes, y en cuyo contrapeso el mundo hubiera encontrado la estabilidad de que carece.

Momentos decisivos éstos para la Historia, es preciso reemprender el camino, rectificar errores, subvertir conceptos y, sobre todo, dar a cada cosa, a cada hecho, a cada manifestación humana, el valor que tiene por sí misma y por la intención que la produce, desligada de circunstancias ó accidentes modificativos; y nadie, absolutamente nadie, puede encogerse de hombros y permanecer ajeno a esa imponente tarea de gestación.

Por esto nace MUJERES LIBRES; quiere, en este aire cargado de perplejidades, hacer oír una voz sincera, firme y desinteresada: la de la mujer; pero una voz propia, la suya, la que nace de su

naturaleza íntima; la no sugerida ni aprendida en los coros de teorizantes; para ello tratará de evitar que la mujer sometida ayer a la tiranía de la religión caiga, al abrir los ojos a vida plena, bajo otra tiranía, no menos refinada y aun más brutal, que ya la cerca y la codicia para instrumento de sus ambiciones: la política.

La política pretende ser el arte de gobernar a los pueblos. Acaso sea esto en el terreno de las definiciones abstractas; pero en la realidad, en esa realidad que sufrimos en nuestra carne, la política es la podredumbre que corroe el mundo. Política es como decir poder, y donde hay poder hay esclavitud, que es relajamiento y miseria moral.

MUJERES LIBRES se declara por una vida libre y digna, donde cada hombre—empleamos esta palabra en sentido genérico—pueda ser el señor de sí mismo.

MUJERES LIBRES afirma que para descubrir nuevos horizontes es preciso descubrir atalayas nuevas. Nos repugna la política, porque no entiende de problemas humanos, sino de intereses de secta o de clase. Los intereses de los pueblos no son nunca los intereses de la política. Esta es la incubadora permanente de la guerra. La política lleva siempre, siempre, en sus entrañas el germen del imperialismo. En la política no hay rectas. Podría representarse por el cero mordiéndose eternamente la cola.

MUJERES LIBRES busca la recta infinita de la acción directa y libre de las multitudes y de los individuos. Hay que edificar la vida nueva por procedimientos nuevos.

Estamos ciertas que miles de mujeres reconocerán aquí su propia voz, y pronto tendremos junto a nosotras toda una juventud femenina que se agita desorientada en fábricas, campos y universidades, buscando afanosamente la manera de encauzar en fórmulas de acción sus inquietudes.

1

Una Revista que busca mujeres libres en España ¿Pero es que son libres ya los hombres?

2

¿Por qué tienen que luchar las mujeres por su propia libertad? Acaso por que los hombres que luchan por esta libertad se olvidan de la libertad de las mujeres.

3

La mujer libre debe ser primeramente libre en su hogar. Esto es lo que debe comprender el hombre que vive a su lado.

4

El primer objetivo de la lucha de la mujer consiste en hacer comprender al hombre, y en primer lugar a sus padres, hermanos y parientes, que sin la libertad de las mujeres no vale nada la de los hombres.

5

Una mujer emancipada significa una familia libre.

6

Con mujeres libres la lucha social de los hombres aumentaría sus probabilidades de triunfo.

FANNY

París, mayo 1936

Una carta de Emma Goldman

Me produce una gran alegría, camaradas españolas, vuestra decisión de contribuir a la emancipación de las mujeres de vuestro país. He de confesaros que cuando estuve en España—en 1929—me sorprendió dolorosamente el atraso de la mujer española en general: su sumisión a la Iglesia y, en la vida privada, al hombre, sea padre, marido, compañero, hermano o hijo; su acatamiento a la imposición de dos morales distintas, una para el hombre y otra para la mujer; su esclavitud, en fin, que las reduce a sirvientes y portadoras de toneladas de hijos. Estoy entusiasmada de saber que unas camaradas españolas siguen, por fin, el camino emprendido hace tiempo por las compañeras de otros países.

Con verdadero gusto colaboraré en MUJERES LIBRES. Mientras preparo algo más orgánico, y con el deseo de que alcance a vuestro primer número, os contaré unas breves impresiones de mi reciente excursión de propaganda por Inglaterra.

Nunca he sentido predilección por Kipling; no puedo sentirla dado el significado imperialista de su obra. Pero ha dicho algunas cosas conmovedoras. Una de ellas es aquella en que alude a la tarea de los marineros y a su alegría cuando el barco está ya limpio y el día ha terminado. Yo también me siento llena de alegría, porque mi tarea del momento se ha cumplido. El trabajo ha sido verdaderamente duro. A veces me parecía insoportable, superior a mis fuerzas. Pero ahora estoy muy contenta de no haber desfallecido y haber llegado al final de la etapa.

Las últimas semanas fueron alentadoras. Por ejemplo, en mi recorrido por el País de Gales, hablé en tres centros laboristas, y me sorprendió la manera de pensar social y revolucionaria de aquellos trabajadores, que fueron a escucharme y departieron conmigo. Cuando uno piensa que aquellos centros pertenecen a marxistas ortodoxos, no puede menos de apreciar el avance de tales organizaciones, pues acudieron sólo con el deseo de oír a Emma Goldman y llegaron a interesarse por lo que oyeron. Para mí es muy satisfactorio ser la primera anarquista que ha penetrado en el «Sanctum sanctorum», en el sagrado recinto, y, lo que es más importante, que me hayan pedido otras conferencias.

Mi experiencia más interesante fué el hallazgo de un comunista que era presidente de uno de los centros y a la vez el dueño del hotel donde me hospedaba. Le debía doler mucho soportar durante hora y cuarto mi dura crítica del comunismo bolchevique; pero supo desempeñar su doble función conmigo con tan amplia comprensión y tan magnífica tolerancia, que si hubiera muchos comunistas como él, sería posible, aun para mí, trabajar con ellos. Fué para mí una esperanza.

Como veis, no debemos darnos por vencidas por nada ni por nadie. Bien sé que el avance de los humanos es muy lento, pero consigue en algunos superar sus prejuicios. Comienzan a darse cuenta de que la distancia presta encanto a las cosas. La luz deslumbradora de Rusia comienza a declinar, especialmente desde que Litvinov ha brindado por el rey de Inglaterra, y el camarada Stalin ha dicho al Gobierno francés que su deber es armarse contra su enemigo. Los comunistas inteligentes de fuera de Rusia empiezan a sentirse incómodos ante la política extranjera del dictador, y aún lo estarían más si se dieran cuenta de que en la propia Rusia se extiende de día en día, invadiéndolo y falsificándolo todo.

Antes de ir al País de Gales hablé en un círculo de «Amigos del Teatro», y también allí me encontré con la increíble sorpresa de un auditorio de casi mil personas y de que se me solicitara una nueva conferencia.

A la que di de despedida en Londres asistió un público atento e inteligente. Es decir, que comienza a romperse el hielo y es preciso seguir.

He pensado volver para quedarme allí. Pero, quizá, es ingenuo hablar de domiciliarse en parte alguna, dada la situación actual del mundo. Los políticos de Europa serán aniquilados, pues los dioses enloquecen a aquellos a quienes quieren perder, y los han enloquecido. Claro es que no me preocupa en absoluto la suerte de los políticos; pero lo terrible es que con ellos arrastrarán al mundo. Aunque parezca mentira, Francia e Inglaterra tiemblan de miedo ante Hitler y Mussolini. Y es que nada sobrecoge tanto como el éxito. Hace cuatro años Hitler era calificado como un charlatán. Hoy impone condiciones y todo el mundo se estremece cuando suena su nombre. Todo el mundo sabe que las últimas elecciones fueron hechas por unos métodos de los que hasta los «gangsters» americanos se avergonzarían; pero todo el mundo se queda ciego, sordo, mudo y sobrecogido ante el falso poder de los dictadores.

En estas circunstancias repito que es ocioso hacer planes de vida y de actividad; pero resulta insoportable la vida sin hacer planes siempre, siempre, siempre...

Niza, abril 1936.

SANATORIO DE OPTIMISMO

APERTURA Y MARCHA TRIUNFAL

Reluce como un ojo de gato en la oscuridad; y es ligero y grande mi Sanatorio, todo nuevo y divinamente desordenado. Antes de abrir las puertas, señor visitante, quiero presentarle el personal de servicio y mostrarle las dependencias. El personal reparte las sonrisas en cartuchos repletos, como si fueran bombones; abre los ojos al día, como los niños ingenuos al juguete; brinca y palmotea, cosa inusitada en los medios sanitarios.

Todo el Sanatorio está lleno de una luz desigual; que no hiere los ojos, pero cosquillea la piel. Es una luz en tiras amarillas y blancas, descolgándose como un fleco por las paredes azules. ¡Oh! Usted, señor visitante, no sabe cómo es la luz de mi Sanatorio. Entra cual un caballito alegre y sin frenos; y como no hay nada que la filtre, ni la tamice, ni la detenga, ¡ni siquiera hay cristales!, tiene algo de fresco, amable y dulce, que no tiene la luz de las casas. Sí; es una luz completamente callejera y simple, como usted, señor visitante, la habrá visto por las mañanas, a eso de las diez o las once, ágil y extendida por los parques y las placitas.

Tengo un médico-director muy simpático. No sé cuántos años tiene. Véalo usted. Dice que vive desde que el mundo comenzó a estremecerse. Primero se reía por los volcanes aquellos de las leyendas geológicas; después, cabalgaba a lomos de los reptiles gigantes de la Era Secundaria, y los reptiles, al sentirlo, coleaban con una gracia desmañada y torpe; también floreció luego en las plantas frondosas y arrulló a los primeros hombres como una claridad generosa en la nube negra de sus ensayos primitivos; y hoy se conserva tan limpio, tan erguido, tan sencillo, lozano y fresco como un muchacho. Usted mismo lo mira creyendo que un hombre tan joven no puede tener la inteligencia y el criterio maduro necesarios para dirigir una obra de esta categoría. Además, señor visitante, usted lo ha visto andar a la patita coja, y saltar y bailar solo. Le ha oído entonar cuplés, reír con un tono franco y acogedor.

Usted se escandaliza de todo esto y me mira con un aire de furiosa protesta. ¡Oh! Mi médico-director es indispensable en el Sanatorio. Nada podríamos hacer sin él. Hasta la misma luz se encogería como un caracol a quien le tocan los cuernos, y se iría suspirando. ¿Qué sería de nosotros sin el doctor Buen Humor, que atienda a todo y todo lo hace fácil, ameno y entretenido?

Tiene unos valiosos auxiliares. Son doctorcitos valerosos y lindas enfermeras que esperan con los brazos abiertos al cliente. Aquí están los más importantes: los doctores Buen Apetito, redondito y de color de rosa, con ojos dulces como la crema pastelera y límpidos como el agua clara; Sueño Feliz, extendido y grato, siempre con un reposo y una voluptuosidad sonrientes; Amor Humano, lleno de brazos y corazones, como un ídolo oriental. Y las enfermeras: la eterna Ilusión, inagotable de intimidad; la extensa y ágil Fantasía; la simpática Risa, que pasa como algo asombroso y extraño para casi todos, en estos momentos en que el microbio de la Reflexión desata sus mortales epidemias...

¡Oh, señor visitante! ¿Le ha chocado a usted aquella reja? Es una lástima, señor, pero... tenemos una prisionera, sí... Me duele mucho decírselo. Nos prometió ayuda en nuestra labor, dijo que contribuiría a sanar a nuestra clientela, que pondría luz en los cerebros y brío en los corazones... La dejamos entrar y nos lo estropeó todo. Intentó envenenar a las enfermeras y a los médicos; puso unas sombras estúpidas en nuestras galerías de sol y aire... Lo peor es que no pudimos echarla; no hubo manera. Y tuvimos que meterla ahí y atarla bien, porque está rematadamente loca. ¡Ay!, señor visitante, quiso volvernos serios y reflexivos, meternos dentro su frío empaque para que anduviéramos muy tiesos; echó malignos cálculos en nuestra comida para estropearnos el estómago... ahí está bien amarrada y todos se olvidan de ella, al menos durante veinte o veintidós horas diarias, porque en las demás el sueño es tan profundo y tan pesado... Nuestra desdichada prisionera es la Razón.

¡Ah, señor visitante...! No; no tenemos quirófano, ni cámaras de aislamiento, nada de eso... no nos hace falta. ¿Con quién cree usted que está hablando? Nuestra mejor dependencia es esta amplia galería. Véala. Ancha y larga, feliz y abierta al sol y a las estrellas. Se pasa paulatinamente, como la vida; está encendida y llena de caricias, como el amor; lisa y suave, como la promesa; prolongada, como la esperanza; tendida, como la sonrisa; entera, como la palabra noble. Aquí curamos a nuestros enfermos.

Vea, vea usted. Mire desde la ventana. Los clientes forman una cola como una lombriz negra. ¡Cuánto trabajo nos espera! Tendremos que despedir a usted porque esa pobre gente sufre mientras aguarda los procedimientos más eficaces y modernos de la terapéutica.

Allí está el celoso, el suspicaz, el que todo lo ve negro, el pesimista, el desconfiado, el agresivo, el razonador, el egoísta, el que todo lo mide, lo reflexiona y lo comprueba, el que vacila, el tímido, el rencoroso. ¡A ver, mi gente! Destapad los frascos de nuestras vitrinas y que el aire vibre de alegría.

Váyase, señor visitante. Van a abrirse las puertas y a comenzar las consultas. El médico-director baila como una peonza y canta como una olla rajada. Mi corazón funciona a presión altísima. Entren los que sufren. La Razón yace arrinconada y nosotros podemos derrochar todos nuestros tesoros de felicidad.

He aquí la Humanidad triste. Empecemos. ¡Qué bien...!

DRA. SALUD ALEGRE

La ley, contra la vida

El hombre, al hacerse sedentario, crea la unidad familia, y de la agrupación y relaciones de convivencia entre varias de estas unidades surge la sociedad y, con ella y para ella, las normas exteriores que deben modelar su posibilidad y eficacia, normas que son expresión de la forma, al modo que la vida en común lo es del contenido. Unas veces es la forma—las normas—de la vida social la que impone el ritmo a su materia, a su objeto; otras es el propio contenido el que actúa sobre las reglas exteriores. En el primer caso tenemos la ley; en el segundo, la costumbre.

Esta génesis de acción y reacción tiene por finalidad la articulación de la vida en común. Pero las normas que rigen esta vida en común son siempre coactivas, impuestas por el organismo que asume el Poder, ya esté representado por el estado-familia, el estado-ciudad, el estado-nación, etc. Este organismo reúne siempre un doble poder: económico y político, y dueño de esta fuerza suprema, ejerce la opresión tiránica inherente a su significación.

La historia de Roma—de la consabida «madre del Derecho»—nos ofrece un ciclo completo de integración y desmembración de un organismo nacional, el cómo fué incorporándose pueblos, territorios, materiales de civilización, creando nuevas formas acogedoras de gentes—«jus honorium»—, sin violar el núcleo inicial que guardaba incólume el riguroso «jus civile». Para aquel nuevo derecho se crea el pretor, que ha de representar la Justicia, encarnándola en gracia humana, viva, ágil. El pretor llega a ser la representación más elevada y digna, la más perfecta de la justicia de los hombres. A cada caso le imprime su vivencia; cada caso es tratado aisladamente, en sí y para sí. Una misma sentencia no podía aplicarse a otro, por semejante que fuera. El proceso, el fallo y el pretor respiraban: poseían el margen y la exactitud de la respiración: vivían. Poco a poco esta vitalidad fué momificándose en códigos. Roma, en su decadencia, sustituyó el principio de derecho «dar a cada uno lo que es suyo» por la norma general.

A través de los siglos, los códigos han seguido la trayectoria de lo muerto; se han descompuesto, han infectado con la enorme fuerza de su negación—la rigidez—; han pretendido siempre paralizar a su antítesis y enemiga: la vida. De vez en cuando, la lucha se iguala, la momia parece que vaya a moverse; pero, en realidad, sólo pretende un cambio de vitrina. En algunos momentos de esta lucha resurge el Derecho natural. Uno de estos momentos nos brindó los derechos del hombre; pero los dejó escritos en el código: en la nada.

La vida se sintetiza en un fluir de presente y de futuro; es creadora del tiempo y es imposible, por tanto, intentar que vaya contra él.

La sociedad ya no puede organizarse por las reglas propias de su primera formación, casi animal. Estas reglas deben sustituirse por los impulsos interiores de cada ser, impulsos que tanto hay que fomentar y perfeccionar para hacer posibles sus convivencias en el exterior. Las exigencias, las imposiciones, de dentro a afuera; la acción, que responda a la intimidad real, sana y recta, y no a falsas apariencias que reflejan el caos interior del vivir actual.

Uno de los hechos fundamentales que demuestran el divorcio secular entre la ley y la vida es el olvido permanente de la mujer en la legislación de todos los pueblos, de todas las épocas. Cuando se la ha tenido en cuenta ha sido para confinarla en la situación de inferioridad a que, desde los primeros siglos—salvando los períodos de matriarcado—, la redujeron determinismos muy complejos cuyo análisis profundo y certero está por hacer, a pesar de la copiosa literatura producida alrededor del tema.

En los tiempos primitivos, cuando la evolución social no había dividido aún a los hombres en clases; cuando todavía no había cristalizado la esclavitud como subcategoría social, ya existía de hecho la total esclavitud de la mujer: esclavitud de trato y de trabajo. Cuando nuevos y más elevados estadios de vida determinaron las primeras normas del derecho, los legisladores incipientes se olvidaron de la existencia de la mujer como sér humano, como ente de derecho. Sus sucesores siguieron olvidándola, y si alguno de ellos la recordó fué para confirmarla jurídicamente en la situación degradante de servidumbre a que ya estaba sometida.

A causa de esta reclusión, la mujer ha ido sedimentando su incógnita, que es la gran incógnita del porvenir. Esta sedimentación inédita e incontaminada a través del tiempo contiene toda la esperanza de una potencia constructiva cargada de rumbos más puros, más humanos, con la fecundidad y la inocencia de una nueva creación.

Fons VERITAS

TEMAS PEDAGOGICOS

«He vivido como un mendigo para enseñar a los mendigos a vivir como hombres.»

PESTALOZZI

Toda la pedagogía de Pestalozzi gira alrededor de este pensamiento, que le hizo acercarse al pueblo y recoger sus latidos y también sus ingratitudes; latidos de ese gran corazón colectivo, impulsivo y sentimental; ingratitudes de niño mal educado, que con la misma facilidad encumbra ídolos que destroza a los mismos que ha elevado.

Pestalozzi amó al pueblo y a la educación popular se consagró con cariño y entusiasmo; eminentemente religioso, como consecuencia de la época en que vivió, tuvo por enemigos a los mismos religiosos; hipócritas y fariseos de todas las épocas, que sólo buscan su medro personal.

A través de la vida de Pestalozzi se ve el deseo de elevar la personalidad humana, y es a través de la vida donde se reflejan los grandes pensadores, que del ideal hicieron carne de su carne y sangre de su sangre; no con palabras, sino con hechos que trastornan y laceran toda una vida, que pisan los abrojos para que otros se recreen en la recolección de las flores.

La pedagogía de Pestalozzi se destaca vibrante y oportuna, frente a esa otra oportunista, que rutinariamente se limita a salir del paso copiando cuatro lecciones, tenidas por morales y que contrastan con pensamiento tan magnífico como enseñar a los mendigos a vivir como hombres, pensamiento que, trasladado a la actualidad y aprovechando los progresos pedagógicos de nuestra época, se aplica a una pedagogía moderna y racional.

Analizando los libros que hasta ahora se han leído en las escuelas se verá la ramplonería de que está impregnada la enseñanza y el desastre moral que tales enseñanzas tienen que causas en la niñez. A la vista tengo «La buena Juanita», niña estudiosa, dechado de perfecciones, que a pesar de su tierna edad no incurre en ninguna falta; es limpia, hacendosa, caritativa y puede servir de modelo a toda niña bien educada. En el grabado que la presenta estudiando se ve a la niña limpia, peinada, sentada en una cómoda butaca, delante de una mesa de trabajo adornada con un ramo de flores; por una gran ventana entra a raudales la luz y todo es cómodo y coquetón en este aposento, y Juanita, en estas buenas condiciones, estudia con aprovechamiento, y los libros que estudia y sus papás y la maestra le dicen que tiene que ser buena y ella lo es, por inclinación natural, porque tiene dinero para hacer limosnas, porque hay pobres con quien pueden manifestar los niños bien educados sus buenos sentimientos y porque su abuelita le cuenta la mar de cuentos y en todos ellos los buenos son recompensados y una barbaridad de dichosos, y los malos, aburridos de que nadie los quiera y de que todo les salga mal, terminan por morirse de pena o por ser unos perdularios.

Con estas noñeces se inicia la niñez, y como el bien por el bien se ha quedado en el tintero de quien las ha escrito o, por mejor decir, en el cerebro de quien no dió más de sí, todas esperan en la niñez el hada que las llene de alabanzas y de bombones, en la juventud el príncipe que las cubra de oro y diamantes y en la vejez la muerte que las libre de penas y calamidades. Los buenos se cansan de una bondad incomprendida y maltratada; los malos se ríen de los castigos que nunca llegan, si tienen bastante picardía para evitarlos y los libros siguen de generación a generación con las mismas tonterías, y los papás y las mamás siguen diciendo las mismas cosas y las abuelas contando los mismos cuentos.

Y es inmoral en alto grado enseñar a los niños que todos los que en la niñez son malos y desaplicados conocerán la miseria en la mocedad y el desamparo en la vejez, cuando hay tanto pillo con suerte y tanta gente de bien con desgracia. Pestalozzi no dió una limosna al ciego de la esquina, ni el postre a un niño pobre; dió su vida, esa vida que tuvo un objetivo como todas las vidas fructíferas, y día tras día la fué dejando en los niños, que amó porque los vió desgraciados y que educó porque vió que el origen de su desgracia era la ignorancia, y esta donación de amor, que no puede llamarse limosna, porque no es lo que sobra, sino lo que llena la vida del que la da, es la donación de todo aquel que comprende las leyes naturales y a ellas dedica sus actividades.

Para el pillete cuya educación ha sido la escuela callejera; para el que ha tenido por madre la necesidad y por madrastra la desgracia, hay otra limosna que las monedas que dan las buenas Juanitas, cuando muy modosas y peripuestas van a paseo con sus mamás o con sus criadas: la donación de amor, de hogar y de educación de que nos habla Pestalozzi, para convertirlos de mendigos en Hombres.

Antonia MAIMON

VIVIENDA

Este es un problema interesante, aunque a pocos prende su interés tal como debiera. Especialmente, en la clase proletaria no se atisba todavía una verdadera solución para el problema de la vivienda higiénica.

Es lamentable que después de una interminable temporada de batirse innumerables «records» de personalísimas definiciones aún se tenga un concepto equivocado y grosero del aspecto material del hombre de ideas avanzadas. El buen gusto, la pulcritud, el esmero por la corrección externa tanto como por la interna, la piel y la ropa limpias, en fin, se estigmatizan y zahieren con una palabra: «señoritismo». Y se dice «señorito» al hombre o a la mujer que después de su trabajo se entrega a la satisfacción del baño; al hombre o a la mujer que apetecen las ropas limpias, de buen gusto, bien confeccionadas; que ponen en la delicadeza y corrección de sus gestos, de sus ademanes y sus palabras el mismo cuidado que en la delicadeza y corrección de sus pensamientos y sus sentimientos.

Esto es un concepto erróneo, porque la limpieza interior y exterior es un placer para todo individuo que pretende superarse.

La higiene de la vivienda es la que hoy nos detendrá; y de ella solamente algunos puntos muy concretos, pues el tema no puede, en modo alguno, encuadrarse en el espacio de que disponemos.

Dos cosas hay que son imprescindibles en toda casa moderna; y tanto más necesarias cuanto más humildes sean los individuos que concurren al hogar: el cuarto de baño y la instalación de gas.

La necesidad del primero en los hogares proletarios es tan evidente que casi nos parece una necedad insistir sobre ella. Las personas que viven de su trabajo se ensucian más que las que viven ociosas; durante el verano hacen real eso del «sudor de la frente», ampliándolo a todo el cuerpo, y, por tanto, se encuentran más necesitados de agua que limpie y refresque toda su piel. Sin embargo, en lugar de esta exigencia imperiosa, nos encontramos con que el proletario, si quiere bañarse, tiene que desplazarse a riachuelos, charcos o piscinas, en una promiscuidad poco apetecible desde muchos puntos de vista. El cuarto de baño es un lujo que hay que pagar con un aumento mensual en el precio de alquiler...

También es la casa proletaria la que más necesita una buena instalación de gas. En muchos hogares humildes, muy especialmente en los constituídos por una pareja sola, trabajan todos los individuos y el tiempo de que disponen es escaso. El gas en la cocina simplifica las cosas: ahorra tiempo en la preparación de las comidas y en la limpieza de la cocina, porque no produce cenizas, ni mancha nada.

La instalación habrá de hacerse muy cuidadosamente, evitando que las tuberías recorran las habitaciones y haciendo que se fijen al exterior tanto como se pueda. Una instrucción de las familias que les haga comprender la importancia de cerrar todas las noches la llave general pondrá a salvo de muchos accidentes.

Es una costumbre general en Madrid y en otras ciudades grandes que los inquilinos depositen los residuos de las comidas, limpieza, etc. (basura, en general), en recipientes, no bien acondicionados siempre, delante de sus puertas, durante la noche, para que el encargado de recogerlos no les perturbe el sueño, pues suele acudir pronto y ellos levantarse tarde. Esto será cómodo, pero no es bueno ni agradable para la vista, para el olfato ni para la higiene, en general. Las basuras ofrecen un aspecto desagradable; la calidad de los elementos que las componen y las fermentaciones que en su masa tienen lugar producen olores repugnantes; y los cuerpos volátiles que se respiran distan mucho de ser manantiales de vida.

Esto plantea una cuestión que algunas viviendas modernas tienen resuelta; en ellas existe un espacio suficientemente aislado y en condiciones de excelente ventilación, donde se recogen las basuras de todos los inquilinos; y estas basuras llegan al depósito por tuberías a propósito que tienen una abertura en cada uno de los pisos, en tal disposición que no puedan refluir a éstos los gases y olores que se desprenden de las materias acumuladas.

Existe otro aspecto, en el que nos vamos a detener y que va a ser el último a tratar por hoy: la costumbre de escupir en el suelo está muy generalizada y muchas personas no conceden la menor importancia a este hecho grosero, sucio y peligroso.

El esputo caído en el suelo se deseca y sus polvillos son removidos por el aire y respirados con él; de aquí el peligro de contagio cuando los esputos contienen ciertos gérmenes, como el bacilo de la tuberculosis. El depositar el esputo en escupideras corrientes también encierra algún peligro para las personas encargadas de su limpieza o, en caso de rotura, para las que entren en contacto con los fragmentos.

Las escaleras y el interior de las viviendas deberían estar provistas de escupideras especiales, en las que habría un depósito con solución desinfectante que correría por un mecanismo puesto en acción por la persona que utilizara el recipiente. El contenido iría por tuberías especiales a una instalación de alcantarillado que lo conduciría lejos de la ciudad.

Como hemos indicado al principio, hay una infinidad de aspectos sugestivos en cuanto se refiere a higiene de la vivienda.

Poco a poco los expondremos de un modo sencillo para que alcancen cierta difusión y se logre algún interés para estas cuestiones que, por estar vinculadas a la casa, tocan muy de cerca nuestra vida.

LUISA PEREZ

El espíritu nuevo en Castilla

CEMENTO

La hemos olvidado. Esta costra dura y enlustrada tiene la culpa. Estamos ahogados en cemento. Antiguamente aún se escapaba por las junturas de los grandes adoquines ciudadanos; hoy, no; los adoquines están aglutinados, ensamblados con cemento, y del cemento salen como árboles artificiales estos arbolillos tísicos de las urbes, que deben crecer hacia abajo, llenos de rencor y de desdén, muy hacia abajo, en busca de la honda frescura de una tierra muy honda.

Hemos olvidado la tierra y la hemos puesto este caparazón duro y reluciente; esta camisa de fuerza que no la deja abrirse fecunda al aire y al sol.

Tierra. Es una palabra plástica que tiene sabor y volumen. ¡Tierra! ¿Qué sabemos de la tierra nosotras, mujeres de las ciudades? Algún metro cuadrado en una glorieta cubierto de césped artificial. Acaso, como un tesoro, un litro de tierra en la maceta de nuestro balcón, sustentando una planta de geráneos o de claveles; pero no se nos habrá ocurrido pensar que, como esa mata, también nosotros estamos sustentadas por la tierra, extraemos de la tierra nuestra propia vida, tenemos en ella las raíces. ¡Qué vamos a pensar! Ni siquiera que muchas hermanas nuestras la hacen, con su sudor, más jugosa y más fecunda.

ANCHA ES CASTILLA

Y la tierra, sin embargo, está tan próxima... Vamos, dejemos atrás los pretenciosos rascacielos; apenas pasados los suburbios, estos suburbios pestilentes donde el privilegio confina la miseria proletaria, sentiréis que una mano fresca se ha puesto sobre vuestra mejilla; os hallaréis como rodeadas por un abrazo suave, como envueltas por una emoción que no sabríais decir si os viene de fuera o si la sacáis de vosotras mismas. Es el viento y el silencio de Castilla. Han callado los timbres, las bocinas, los estridores; se ha hundido la ciudad. Estáis frente a la tierra.

Vuestra mirada, sin topes ahora, puede tenderse larga y perezosa a los cuatro horizontes. Estáis frente a la tierra de Castilla, ancha, infinita, rayada de surcos móviles y verdes, como un mar rayado de clase. Convertida ya en tópico, acaso no se haya logrado nunca una imagen mas exacta; la mies, verde y tierna, no muy crecida, pero ya frondosa, tiene un movimiento de mar perezoso.

¿Y si nos fuéramos mar adentro...; no, tierra adentro, a pulsarle el corazón, a descubrírselo, a conocerlo? Un coche de línea puede llevarnos unos kilómetros más lejos por esta cinta de moaré que rastrea entre verde y verde en busca de un horizonte que jamás se alcanza. ¿Vamos?

Un kilómetro, otro y muchos sin que hallemos ser viviente, a veces, un pueblecito pegado a la carretera, como un ternero pegado a la ubre, que sale a recibirnos, y nos rodea y nos acosa oferente o pedigüeño cuando el «mayoral» se apea de la baqueta para dar de beber a su cuarenta caballos.

Y ¿por qué no quedarnos aquí, en este pueblo enjalbegado y breve como un palomar? Apliquemos los oídos y los ojos y los sentidos todos a la tierra para comprenderla. Comprender es amar.



EL DOLOR Y LA ESPERANZA

—¿Aún no salieron las mujeres al campo?

—Todavía no, pero no se tardará mucho en comenzar la escarda.

—¿La primera faena del año?

—Para las mujeres, sí, porque para el hombre siempre hay trabajo en la tierra.

—Esto de la escarda es arrancar las malas hierbas, ¿no?

—Sí, arrancar la mala hierba; pero hay tanta mala hierba que no se puede arrancar...—. Por los ojos de la muchacha que hemos abordado cruza un pequeño relámpago—¿odio?—para sumergirse al momento en quién sabe qué profundidades.

Las gentes del campo son cautelosas. Desconfían siempre de la ciudad, porque todo el mal les viene de allí. De allí, el arrendador, que les chupa como una esponja la mitad del sudor del año. De allí, el recaudador del fisco, que se lleva la otra mitad; y de allí, la Guardia Civil y la de Asalto, que saben acallar el hambre y desvelar el sueño. De allí, todo el dolor y todo el espanto y toda la miseria.

La muchacha que está frente a nosotros es menuda y rechupada como esta tierra de Castilla; como ella, seca y hosca por fuera; pero allá adentro se adivina una entraña caliente, una entraña femenina que late con ritmo universal.

La hemos hablado cálida, fraternalmente, y esta mujer nos ha mirado con una ternura sorprendida y de la conversación ha desaparecido toda sombra de recelo.

Varias preguntas nuestras, y ha contestado.

—Por aquí, el campesino es mitad propietario y mitad jornalero. El que no tiene propiedad lleva en arriendo un trocito de tierra que entre todos los de la casa van sacando adelante; pero como esto no basta para vivir, es preciso que gran parte del año se alquilen los brazos a los labradores ricos.

—Los jornales—no les lIaméis jornales—son cosa de risa. Cinco y seis reales es el jornal de la escarda. Hace cuatro años que nos están prometiendo tres pesetas, pero cuando llega el momento sueltan los seis reales, ¡y gracias!

—Imaginaos las jornadas que serán precisas para salir adelante con todo. Ocho horas, a veces más, en casa del amo; luego, a trabajar lo suyo. Levantarse con estrellas aún, mal comer—la base de nuestra alimentación son las cebollas, patatas, alubias y, como plato fuerte, el tocino—y descansar casi siempre en la cuadra, porque a media noche es necesario dar pienso a las bestias, y en las casas donde no hay más hombres que el padre, como en la mía...

—Años atrás muchos alquilaban sus tierras y se iban a trabajar a las ciudades; se ganaba más y se vivía mejor; pero ahora en las ciudades tampoco hay trabajo, y muchos que se van vuelven, mohinos, otra vez a la tierra.

—No, las faenas del campo no son muy duras para las mujeres; la escarda, la cogida del algarrobo, el espigueo, la vendimia, no son muy duras, no; pero las mujeres se agostan aprisa entre tanta miseria y tanta angustia permanente. Por eso también muchas muchachas se van a las ciudades a servir; algunas se salvan; otras vuelven a morir aquí, consumidas de fiebre.

—¿Yo? No. Sé leer y he aprendido muchas cosas. Creo que puedo ser útil y me quedo. Por nada del mundo abandonaría los viejos a su miseria resignada. He aprendido a amar a la tierra de otra manera que el padre. El cree que los hombres son para la tierra, y yo sé que la tierra es para los hombres. He aprendido, sobre todo, que no es preciso marcharse para cambiar de vida; que hay un medio que puede cambiarlo todo. Desde que lo sé espero, y esta esperanza ya basta para hacer la vida mejor.

* * *

Abrazamos emocionadas a esta muchacha de la estepa en quien saludamos el recio espíritu renovado de Castilla.

Lucía SANCHEZ SAORNIL

En la estepa castellana, mayo 1936.

El crimen consumado

LO QUE PUDO HACERSE Y NO SE HIZO PARA EVITAR EL DESTROZO BARBARO DE ABISINIA



Si no hubiésemos carecido de fe en la flamante Sociedad de las Naciones desde que comenzó a funcionar el gubernamental espantajo, la hubiéramos perdido ahora, estrepitosa y radicalmente. Si no hubiéramos previsto su ineficacia vinculada en el hecho de ser la genuina y caciquil representación, no de los pueblos auténticos, sino de los Gobiernos, de los capitalistas, de los municioneros, sentiríamos ahora la angustia de su desmoronamiento.

También hemos perdido una ilusión, pequeña, pero ilusión al fin, puesta en las diversas Internacionales proletarias de mayor avance. Pero las Internacionales obreras, aglutinando grupos muy dispares, algunos de los cuales se mueven con un hondo sentido antibélico, son suplantadas y falsificadas en el momento decisivo de la acción eficaz, por el criterio y los intereses que tienen por sí o mantienen por y para otros, los dirigentes en el plano internacional.

La rapiña fascista sobre Abisinia se ha consumado bajo la mirada complaciente y cómplice de todos los Gobiernos asociados, y al amparo de la dulce indiferencia y de la mansedumbre inexplicable de las organizaciones internacionales de tipo proletario. El despojo y la anexión violenta de Abisinia por parte del bárbaro Mussolini, mancha de color de vergüenza a todo país que la tenga en los que ostentan su mandato a través de los organismos gubernamentales. ¿Qué se pudo hacer? Se pudo inmovilizar al agresor; si los Gobiernos asociados hubiesen querido, si hubiesen «podido querer», hubiera bastado esta voluntad manifestada a través de las sanciones bien impuestas y bien llevadas a la práctica. Pero ya sabemos que los Gobiernos no «podían querer» esto. Intereses poderosos que ellos representan y vienen obligados a defender les impiden sentir tal voluntad y manifestarla. En este caso, quedaba esperanza en las organizaciones obreras; pero sus dirigentes, contaminadas por los intereses de sus países o de sus partidos, también han fallado, para su vergüenza. He aquí lo que pudo hacerse. Sir Thomas Holland, en su libro «The Mineral Sanction», publicado recientemente, expone el cuadro que a continuación reproducimos, y que nos indica la necesidad de consumo y el porcentaje de producción anual de Italia de unas cuantas primeras materias muy interesantes:

MATERIAS PRIMAS	Consumo anual medio del 25 al 29	Porcentaje por 100 de producción en Italia
Cromo (toneladas métricas) ...	2.800	0,00
Carbón (Tm.)	12.965.000	3,17
Cobre (Tm.)	70.934	1,58
Algodón (balas)	1.052.660	0,06
Hierro, acero y similares (toneladas métricas)	1.749.000	37,05
Manganeso (Tm.)	31.978	14,52
Mica (libras)	271.000	0,00
Níquel (Tm.)	854	0,12
Petróleo (barriles)	6.903.000	0,70
Fosfatos (Tm.)	281.105	0,00
Potasa (Tm.)	11.883	25,54
Caucho (libras)	27.504.000	0,00
Estaño (Tm.)	3.385	0,00
Wolfram (Tm.)	150	0,00

En este cuadro encontramos unas cuantas materias de las que Italia no produce (wolfram, estaño, caucho); y otras de las que produce muy poco (níquel, petróleo, etc.). Si lo de las sanciones no hubiera sido una grotesta y dolorosa comedia, la inmovilización total de Italia habría sido una realidad. Si tenemos en cuenta que el níquel, el wolfram, el estaño, por ejemplo, son necesarios en absoluto para la fabricación de municiones, y que el consumo de las materias está calculado para tiempo de paz (en tiempo de guerra esas cifras pueden considerarse multiplicadas por veinticinco), no veremos tan difícil y tan lento el proceso eficaz de un bloqueo sobre el agresor, como el fantasma hipócrita de la Sociedad de las Naciones ha pretendido hacer creer para encubrir su incubrible y traidora complicidad.

Nunca tuvimos fe ni esperanza en la acción a través de los Gobiernos, y no nos hemos equivocado, desgraciadamente. Pero sí teníamos un poco de las dos en las Internacionales obreras. Aún creemos que sólo ellas y cuando ellas lleguen a desearlo, a quererlo verdaderamente, el fin de las guerras será un hecho.

Ha sido la War Resisters' International la que, tras esfuerzos tenaces, logró reunir, no hace muchos meses, a los dirigentes de la Internacional Sindicalista, de la Internacional Socialista Obrera y de la Internacional Comunista; ha sido la War Resisters' Internacional (Internacional de Resistentes a la guerra) la que, por medio de uno de sus más valiosos miembros, intentó agrupar y llegar a un acuerdo con los dirigentes de las tres Internacionales citadas; el acuerdo era el boicot obrero hacia Italia; la negativa a fabricar, transportar, las materias primas que permitían moverse al país agresor. Muchos inconvenientes encontraban los «líderes» proletarios; y uno a uno los fundía en su entusiasmo el enviado de la Internacional de Resistentes a la guerra. El momento era el más propicio para que las organizaciones obreras demostraran, a la vez que su fuerza, su franca actitud antibélica ante y contra toda actitud de los respectivos Gobiernos. Si por un momento se tuvo la esperanza de que la ocasión sería felizmente aprovechada y de que la fraternidad y la justicia internacionales comenzarían a ser algo más tangible que una fantasía, pronto el frío del desencanto se dejó sentir. Fué la retirada del delegado ruso, por orden de su Gobierno, la que rompió la coincidencia apenas iniciada a duras penas y se malogró de nuevo la esperanza grata—como en la guerra anterior—de ver a los pueblos regir sus acciones. La historia de todo esto sería muy larga. Cerremos hoy con el sonrojo, que a todos alcanza, de permitir aún —con organismos pomposos en donde los figurones cobran hermosas dietas, sueldos y gratificaciones y saben poner caras desagradables para el «cine»—la rapiña, el robo, el incendio ,el despojo, la matanza... Porque esto es la guerra.

PAZ

Tomavistas

MAYO

1. **Madrid.**—Entierro definitivo de los mártires de Chicago. Presidieron el duelo Ministros «sin cartera». Mejor un silencio respetuoso.

2. **Abisinia.**—El Negus sale de Addis Abeba.
Gesto de rey. Perdido el trono regala la patria a los esclavos.

3. **París.**—Triunfo del Frente Popular. Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, por que ellos serán hartos. Ponemos al tiempo por testigo.

5. **Abisinia.**—Las legiones romanas entran en Addis Abeba, ¡viva la civilización! La vibración ha sido tan fuerte que nos ha velado la placa.

10. **Zaragoza.**—Mitin de clausura del Congreso de la C. N. T. Atención. Placa nueva, luz nueva. Esperemos.

Cameramen

A nuestros corresponsales, paqueteros y suscriptores

Por causas ajenas a nuestra voluntad el presente número de MUJERES LIBRES ha visto la luz con algún retraso sobre la fecha que nos habíamos propuesto.

Avisamos a nuestros paqueteros y suscriptores que en adelante nuestra Revista aparecerá los días 15 de cada mes.

En respuesta a muchos paqueteros y suscriptores que nos preguntan sobre la forma de pago, hemos de decir a los primeros que se atengan a las indicaciones de nuestra circular. Los pagos se harán mensualmente entre los días 10 y 15 de cada mes y por giro postal, única forma adoptada para facilitar las tareas de nuestra Administración.

En cuanto a los segundos, que no hayan satisfecho su importe por adelantado, pueden hacerlo por giro, igualmente, al recibo de este primer número a fin de extenderles el oportuno comprobante.

La Administración

EL RECIEN NACIDO

He aquí el niño

He aquí el niño, menudo y de color de rosa; torpe, llorón y encantador. He aquí el niño, el esperado y el temido; el anhelado y el que saltó sobre los obstáculos; el alborozo y el cálculo deshecho; el gozo supremo y el miedo sin fin; la serenidad gloriosa y la responsabilidad consciente.

He aquí el niño, el bebé, «l'enfant», «baby»... He aquí el nombre pequeñito, cariñoso y universal. El milagro biológico y el cariño humano; la flor y la semilla; el granito de arena y el universo sin límites.

Y bien... Hagamos los brazos tiernos y el corazón angustiado, de tan feliz; hagamos los brazos para cuna y el corazón para canción acompasada. Pero extendamos también, como los brazos, la inteligencia despierta, para plegarla luego sobre él como un poderoso reflector; como una enorme y dulce bengala que ponga luz en todos los rincones. En los ojos redonditos y claros; en la boca glotona; en los brazos atáxicos y lentos; en las piernas inquietas y libres. Oigamos el corazón del niño, reloj atrevido y nuevecito, corriendo en apuesta tenaz, y veamos su respiración, ansia de verter la gracia de la vida en el vaso interior. Acariciemos su piel de seda... Mirémosle reír. ¡Oh, niño! ¡Ya has venido!... ¿Ya?...

Conoce a tu niño

Los ojos, la boca, la actitud de la cabeza, la expresión del rostro, el color de la piel, el movimiento de los miembros, la posición de éstos y del tronco... Todo, todo nos puede ilustrar sobre la salud infantil.

¡Oh!, este niño, este bello ejemplar... Este niño grueso, forrado de grasa, con múltiples surcos en los meimbros rollizos; este niño que levantan los brazos orgullosos como un modelo, y que desmiente las curvas normales de peso que la madre tiene pinchadas en la pared de la cocina... Y este otro, delgado sin ser flaco, pero vivo, inteligente, despierto, y con una permanente sonrisa en los labios. Que se asusta con gracia y con brío; reconoce pronto las personas y los objetos, y se enfada como por no saber hablar...

Aquél, rubio y tranquilo; el más lejano, lleno de caprichos, amor y tortura de la casa.

¿Cuál elegiremos para enseñarlo como tipo «standard» de la perfecta salud? Hay un tipo de niño enteramente ideal; un tipo de niño que corresponde a una adecuación perfecta del individuo y su medio; un niño en estado de salud «crónica». No es éste, ni aquél; es un niño que forjamos con los mejores materiales; sin una tara, sin un dolor, sin un llanto inoportuno, sin una nube en su horizonte. Su nutrición es perfecta; su sueño, normal; su peso coincide exactamente con la cifra correspondiente a su edad, así como su talla. Describiremos este niño modelo. Pero antes...

Ama a tu niño

Antes, ama a tu niño. Amale en el pensamiento y en la idea, aun antes de amar al hombre que lo haga vivir en ti. Amale en la dulzura y en la caricia para los demás niños y para los demás hombres doloridos que el dolor infantiliza. Amale en el deseo y en el mismo amor. Amale como una espina aguda y necesaria; como una herida por donde la vida misma tuviera su puerta. Amale en los ojos y en las palabras del amado; en sus dedos, sabios para la caricia; en sus labios, espléndidos para el beso.

Amale en los dulces pajaritos de primavera; en las yemas y las flores qeu esmaltan los tallos serios; en el riachuelo que canta y se reparte sin desaparecer; en las estrellas picudas y colgadas; en la luna sorprendida y abierta; en las fuentes, en los lirios y en las amapolas.

En la espiga madura y en el racimo de oro colgando de la parra.

Amale aunque no pueda nacer y se quede como un fracaso amargo en el amargo motón de los fracasos. Llévale contra el corazón como una medalla enorme e invisible. Amale...

Desea tu niño

Y deseálo para merecerlo. El deseo de una cosa nos hace esmerarnos en su consecución, aplicar bien nuestro trabajo, nuestras fuerzas, nuestra voluntad. Desea tu niño y así le recibirás con alegría y le saludarás como nadie te oiga, con esas palabras tan hondas y tan prietas que no pueden salir de la boca. Desea tu niño y ese deseo ferviente te hará trabajar para que nada le falte cuando venga; te hará sentir rectamente para que aprenda bondad y justicia desde el principio; te hará hablar y obrar con verdad para que todo en torno suyo sea claro y cándido.

Pobrecito niño

Pobrecito, pobrecito niño; tan pequeño, tan indefenso, tan torpe... Mucho más torpe que el pollito amarillo, que el gatito de lana, que el potro juguetón. Tiene frío y no puede abrigarse; tiene hambre y no puede buscar ni preparar su comida; se ensucia y no puede limpiar su cuerpo.

A merced del cariño y del desvelo de los demás; a merced de la buena voluntad de quienes le rodean y le examinan; según la simpatía con que es acogido, según el problema que su venida resuelve o plantea, así el pequeñito recibirá cuidados, alimentación y sonrisas.

El no puede hacer más que dormir, llorar, agitar sus manos. Bloque de hambre y de sueño, no sabe otras gracias al nacer que satisfacer ansiosamente las

dos primordiales tendencias: nutrición y reposo, que es una manera de economizar para la nutrición.

Pequeño..., pequeño..., ¡y ha crecido mucho! Cuando comenzó a latir, cuando apenas era una grata sospecha o un vago malestar, era tan pequeño, tan sumamente pequeño, que el microscopio tenía que ir a buscarlo entre el acolchado nido donde la madre le guardaba como una redonda perla de carne. Era tan extraño y tan feo un poco más tarde, que podía confundírsele con cualquier cosa; con un pez, con un mono, con un perro. Y luego, cuando la humanidad se dibujó en él con un tímido esbozo, era grotesco e insensible, pero ¡tan amado ya! o tan cargado de odio y de miedo, que conmovía todos los rincones sentimentales de los adultos poderosos y fuertes. Creció de prisa, antes de mostrarse a nosotros, y se puso una capa de grasa debajo de la piel para no avergonzarse de sus arrugas donde la vejez, precursora de la muerte, se mezcla con la vida en principio; y se quitó el vello de todo el cuerpo para no hacernos sentir la angustia de ver nuestra dignidad humana rebajada por su franqueza de imitar lo pasado; y se lustró el pelo negro. Muy bonito. Hay que empezar ayudando a este pequeño ejemplar. Hay que preparar sus comidas y sus ropas, secas y limpias. Hay que vigilarle para que no se derrumbe el palacio de ilusiones que hemos edificado sobre su cabeza incompletamente hecha y sobre su corazón aprendiz...

Pobrecito niño; te vas a encontrar, a pesar de nuestros cuidados, de cara a la injusticia, a la ambición, a la compraventa. Vamos a prepararte un biberón estupendo. ¿Lo quieres aristocrático o esencialmente proletario?

¿Qué hacer al principio?

¿Qué es necesario hacer con el recién nacido, con el más infantil de todos los niños?

Cuando el médico o la matrona que han presidido su entrada en la vida lo entregan, bien tapado, bien limpio, bien vestido y calzado de lana, hay que dejarlo dormir. El pequeño ha pasado unas horas muy malas. Ha sido plegado, conformado, comprimido, estrujado, por las leyes de la Naturaleza que hacen de la madre una prensa y un resorte, y el cerebro, delicado y sin terminar, del bebé, ha sufrido los efectos de esa compresión, porque los huesos de la cabeza se han plegado, para reducirla de volumen, sin consideración ninguna. Y el niño, cansado, abatido por este para él enorme traumatismo, quiere y necesita dormir.

Madre, también aún cansada: deja dormir a tu chiquitín. Dale su lecho propio, en su cuna, en un cajón adecuadamente provisto de colchoncillo y ropas; en una cesta grande...; es tan menudito que cabe divinamente en cualquier lugar. Dale su lecho propio si te interesan su salud y su bienestar.

Déjale dormir. Las horas pasan lentas y buenas, apretándole dulcemente los párpados tibios. No temas por su larga permanencia en el sueño si respira bien, si su color es normal, si la posición de sus miembros es la doblada, tal como estaba en el reducido alojamiento que le diste antes de nacer.

Este sueño le hace recobrar las energías perdidas durante el trance duro de su llegada; aumenta su vitalidad; le restablece, en suma. ¿No lo ves? Al cabo de doce o catorce horas abre definitivamente los ojos y ensaya el primer llanto. Se mueve inquieto; busca intranquilo. En efecto: el Sueño deja paso al Hambre.

Madre: tú has descansado también. Mírale y tómale en tus brazos. No temas; incórporate sobre las almohadas, aunque las vecinas y amigas te lo hayan prohibido. Hazlo si te encuentras con ánimos y ganas para una acción tan fácil, que entonces puede parecerte esforzada.

Tómale en los brazos con alegría, pero sin exaltación. No es un trofeo, ni una gloria, ni un laurel. Es sólo un hijo, un hecho profundamente humano, profundamente social, profundamente amoroso. ¡Ay de ti, mujer, si antes no lo has sentido en el corazón y en la inteligencia!

La cabra peluda y elegantemente femenina tiene más habilidad la primera vez. El ternero se encuentra con una ayuda mejor.

Mira: si le dejas al chiquitín solo, puesto al amable pecho que es su fuente ahora, mamará muy mal, porque la misma fuente repleta le aplastará las naricillas y no podrá respirar a gusto, y se apartará con enfado, sin poder satisfacerse desde el principio.

Acude tú. Con tus dedos preocupados puedes apartar el obstáculo y dejar al niño realizar su primer acto agresivo con sus mandíbulas desiertas. Y luego sométele a una disciplina beneficiosa. No quieras calmar sus gritos ni su inquietud, a cualquier hora, con el pecho. Tu conducta, así, no puede hacerle más que daño, obligando al estómago a un trabajo excesivo y en malas condiciones. Acostúmbrale a esperar las comidas a su hora; llévale al pecho los primeros cuatro o cinco meses cada dos horas y media; ¡pero no le despiertes si algún turno le sorprende durmiendo! ¡Es tan bueno el Sueño para él, que se fatiga tan fácilmente!

Acostúmbrale también al agua. Báñale todos los días, ¡todos los días!, en agua tibia de treinta y seis grados. Báñale sin consideración a tus miedos ni a las habladurías ajenas. En cualquier recipiente puedes hacer esta cosa tan buena para él. Jabón suave, no irritante, en la cabeza. ¡Cabellos limpios! Bien limpios también los pliegues axilares y de las ingles, así como el cuello y la parte posterior de las orejas. Toda la piel bajo la caricia del agua y del jabón en tu mano, madre.

Y bien seco después, bien seco sin frotar. Su piel es fina y delicada. Cualquier pequeña violencia puede estropearla. Empólvale cuidadosamente. No hacen falta polvos especiales, cuyo precio es más alto. El talco de las farmacias cumple bien la misión que se exige a estos polvos.

Y luego..., ya verás. Alimentaremos, vestiremos, enseñaremos a jugar al niño. Ya verás. Tú y yo, a la par, cara al niño, y alegres, alegres, alegres...

AMPARO POCH Y GASCON

FRENTE AL DEPORTE

Una Revista que se precie de actual no podrá eludir unas palabras al deporte, siquiera no se parezcan en nada a las palabras que sobre él y en torno a él llenan columnas de periódicos, y aun periódicos enteros.

Acaso alguna lectora seria haya frucido el ceño pensando que no se aviene el tema con lo que declaramos propósitos de esta publicación. El deporte es tenido por profesión de ociosos. ¿Qué puede interesarnos a las gentes que trabajamos, a las que con nuestras manos o nuestros cerebros creamos diariamente las formas cálidas de la vida, un campeonato, un trofeo, una pugna estúpida de patadas en las espinillas o en el vientre? En efecto, esto no nos interesa, si no es para abominarlo, y de aquí nuestra razón para hablar de deporte; porque quisiéramos restablecerlo a su raíz, calibrarlo, valorarlo exactamente.

El que nos preocupemos de los problemas graves de nuestra hora; el que con frecuencia inclinemos la cabeza bajo la pesadumbre de un dolor social demasiado agudo, no excluye la necesidad de dar a nuestros nervios, en exceso tirantes; a nuestros miembros, anquilosados por la postura viciosa del trabajo diario, la tónica y la elasticidad que precisan para atender al ritmo vital, para que no se pierda la gracia singular y única del cuerpo humano.

El deporte es movimiento espontáneo, mezcla de necesidad orgánica e impulsión anímica; y es aquí, en la impulsión anímica, donde radica todo su beneficio. Necesidad no sólo de movimiento, sino de recrearse íntimamente en este movimiento, de gustarlo, de gozarlo, porque no está medido ni regulado por fuerzas externas, sino que se traduce de dentro a afuera, como una protesta viva de nuestra animalidad y de nuestro espíritu contra la coacción social. Y entonces, es deporte correr, y zambullirse en el agua, y bailar, y boxear—¿hasta boxear!—. La vida se desata impetuosa en nosotros; el corazón acelera levemente su ritmo; la respiración es más profunda; más regular, el riego sanguíneo, y por todo el organismo se extiende un bienestar inigualado.

Pero..., ¡ojo! Deporte, en su verdadera acepción, es juego, recreo, diversión; y es juego y diversión en lo que nos produce beneficio, satisfacción física, y deja de serlo cuando se traduce en fatiga, en cansancio, en agotamiento.

Horrorizadas hemos oído hablar del pedestrismo, del atletismo y de toda una gama de ismos, al decir, deportivos. Pues bien: todos esos ismos convergen en uno solo: histrionismo. Histrionismo, y del peor, porque establece una competición de resistencias que, lejos de ser beneficiosa para la naturaleza, la enferma y la agota. El profesionalismo deportivo no sólo es reprobable, sino que, además, es odioso. El profesionalismo deportivo no busca la satisfacción espontánea de una necesidad biológica de movimiento; el profesionalismo pervierte el deporte, convirtiéndolo en espectáculo, en gran espctáculo, y las satisfacciones que busca son de otro orden—generalmente social: vanidad, productividad—, lejos de la diversión y del puro juego.

El profesionalismo obliga al «deportista» a ajustar sus movimiento a necesidades exteriores: uniformidad colectiva, competencia, etc., y no a medir su duración por el bienestar o la fatiga, sino por un cronómetro estúpido que cuenta los minutos y los segundos y hasta las partículas de segundos para darle un título de campeón o dejarle despanzurrado sobre la pista.

El deporte, en su verdadera acepción, es un gran generador de solidaridad; es cordial, efusivo y limpio. Es al deporte a quien debemos el primer ataque serio contra el «tabú» del sexo. El ha saltado la valla del atavismo y ha creado, dentro de sus fronteras, una medida común para el hombre y la mujer. Pero todo esto es aplicable sólo al deporte por el deporte, porque ese otro seudodeporte, ese triste profesionalismo, lejos de aglutinar, separa, vuelve a poner a los hombres, una vez más, frente a frente por un título, por un record o por una simple copa de metal que ni siquiera sirve para beber.

El verdadero deporte es siempre insurgencia. ¡Cómo hemos de llamar deporte a esas grandes paradas donde los cuerpos humanos llegan a la más aberrada esclavitud escribiendo los nombres de los tiranos sobre la arena!

ELEESE

CINEMA VALORABLE

«Tiempos modernos» o la locura de Charlot

La última producción de este hombre genial —«Tiempos Modernos—, que marca una nueva fase de su arte, ha sido atacada—incomprendida—por críticos y escritores. De la película se ha dicho que no alcanza la categoría de otras suyas anteriores. Se le acusa como defecto una tendencia social que, al modo de ver de los comentadores, excluye el campo sentimental predominante, por ejemplo, en «Luces de la Ciudad». Sin embargo, en «Tiempos Modernos» Charlot se completa de manera definitiva.

Si analizamos la obra de Chaplin, podemos dividirla en tres fases características. La primera corresponde a lo que pudiéramos llamar su época «del malabarismo»: gracia espontánea que Charlot antepuso a la gracia tan preparada de Max Linder; a la gracia fácil de Salustiano, localizada en la deformación de su nariz; a la gracia chabacana—gracia de «clown vulgaris»—de Toribio. Esta primera fase es toda agilidad, aventura del movimiento, truco del sin truco, reacción contra las formas exteriores de la elegancia en unos, de lo grotesco en otros, características de los cómicos cinematográficos de entonces.

Como antítesis de todo esto, Charlot crea su típica indumentaria de vagabundo que no pasa de serlo, que lo es por imposición de su mundo interior, síntesis cernida de todas las decadencias de la civilización occidental.

Con esta indumentaria suya, su comicidad nueva, que no necesita ni del frac del sastre londinense ni del uniforme universal del «clown», Charlot se impone al mundo.

En la segunda fase, el arte de Charlot se humaniza. El vagabundo se da cuenta de que junto a su vida existen otras vidas y sale de sí mismo para comprenderlas. Cambia la gracia por la gracia de su primer tiempo, por otra gracia nueva: la gracia trascendente, constructiva, generosa, de su segunda época. El vagabundo malabarista se transforma en vagabundo sentimental—vagabundo siempre—; en un sér limpio de preocupaciones y ambiciones estrechas, de egoísmos raquíticos. Vive al margen de ley y de lo instituído. No renuncia, por una falsa dignidad, a la libertad de sus deambulaciones analíticas y de sus reposos en pleno campo. Sabe que es un producto miserable de una sociedad injusta, y se rebela contra la engañosa retribución de un trabajar que no ha de valerle más que privaciones. Pero si encuentra a otro sér en quien la lucha impotente dejara intacto algún puro rincón, entonces la efusión de su afecto se desborda y le hace capaz de todo, hasta de trabajar. Y aquí surgen sus escenas cómicas provocadas por el desacuerdo entre la voluntad que le acaba de nacer y la falta de aptitud para todo trabajo.

En esta fase sentimental Charlot sabe eludir cualquier caída sentimentaloide, cortar a tiempo todo momento que no sea amplia y fuertemente humano; salvar el riesgo inminente del ridículo.

En la tercera fase, la de ahora, que podríamos llamar integral, Chaplin ha evolucionado hacia lo completo. Ya no analiza contemplativamente, pasivamente. Ya no le basta su sentimiento; necesita también su razón. El vagabundo se ha enriquecido, se ha hecho intelectual. «Tiempos Modernos» así lo proclama. Desde la primera escena —magnífica escena—, en que confunde los rebaños de borregos con los pelotones de obreros a la entrada de la fábrica, hasta las escenas últimas, tantas veces modificadas por imposición de la censura capitalista, Charlot indica al proletariado el camino, que no es precisamente el que conduce a la Unión Soviética.

En «Tiempos Modernos» queda bien señalada la víctima del actual progreso mecánico. El gran artista la representa interpretando de manera impresionante el accidente corporal y espiritual del obrero autómata obligado a adaptar todo su sér al inexorable ritmo «standardizado» de la gran industria moderna.

Simbólicamente expone la liberación de esta negación vital que se llama «la cadena». Entre segmentos musicales integrados por sonidos metálicos individualizados, surge la gran tragedia de nuestro tiempo. La concentración total de las actividades de un obrero, en el simple hecho de apretar un tornillo a las distintas velocidades impuestas en cada momento por el cálculo de las máximas ganancias a favor de los accionistas, da por resultado la obsesión infecunda de atornillarlo todo, todo, la inercia del mismo movimiento, de la que Charlot va purificándose en gradación ascendente. Al principio, el trastorno es sólo nervioso; sus células han acumulado con exceso una misma impresión y la rebasan en una obsesión uniforme, que Charlot va transformando en pasos de baile que conservan, como taras mecánicas, toda la exactitud, toda la precisión matemática del «ballet» ruso. Cuando los demás obreros quieren apoderarse de él, Charlot los esquiva y los vence poniendo en marcha el inexorable «tapis roulant», que les obliga a ocupar sus puestos, a despersonalizarse para no perder un solo tiempo en el trabajo, y les ofrece el con-

Estética del vestir



Para la mayoría de las mujeres españolas, moda significa lo impuesto, lo postizo, "lo que se lleva". Esta es la triste y exacta expresión: "lo que se lleva". Estas palabras excluyen todo cara a cara en el espejo del yo, porque niegan la sensibilidad individual.

En Francia, una mujer coge un trapo y hasta que éste no adquiere una relación armoniosa con la síntesis de la personalidad a que ha de adaptarse, no se convierte en vestido. Como el "hallazgo" resulta bien, el sentido estético le confiere luego la categoría de creación.

En otros países—Inglaterra, Alemania, Estados Unidos—, lo práctico, lo sencillo, lo transpirable, ha desplazado al concepto estúpido y autoritario de la moda.

En nuestro país produce tristeza entrar en las tiendas y ver que mujeres de clases acomodadas, por una gimnasia educativa del gusto, compran, con el mejor acierto, las telas más bonitas y las más baratas, mientras que mujeres obreras, a costa de enorme sacrificio, se llevan las más caras, las más relucientes, generalmente, sedas, las francamente feas y, desde luego, nada prácticas.

Nosotras debemos cultivarnos para sustituir la sumisión a "lo que se lleva" por un sentido racional que integre la conjugación de estos dos elementos: lo práctico y lo estético.

Desde estas columnas iremos dando un concreto guión sobre tejidos, dibujos, formas y precios del vestir de acuerdo con los dos dichos elementos y dentro de un tercero no menos esencial: el económico.

Incluimos un esquema de vestido veraniego que se puede confeccionar con cualquiera de las variadísimas telas de lunares, en diversos colores, tamaños, combinaciones y calidades—esponja, piqué, percal—, que se encuentran en casi todos los comercios y cuyos precios oscilan entre 1,50 y 4 pesetas. Para cuello, cinturón, bolsillos y remate de mangas es muy indicado el piqué blanco.

LIBROS

La colección «Primavera y Flor» y la novela picaresca

La editorial «Signo» ha iniciado una colección de libros clásicos que, por el gusto selecto de su presentación y la modestia de su precio, merece toda alabanza.

Entre las primeras obras recogidas en ella—Poesías de San Juan de la Cruz, «La educación de la mujer cristiana», de Luis Vives, «El hospital de los podridos» y otros entremeses atribuídos a Cervantes—figura «El Lazarillo de Tormes», que inicia, a mediados del siglo XVI, el género de la novela picaresca. Una vez más la tan ponderada novela picaresca, esa novela tan genuinamente española y que tanto daño ha hecho a España.

«El Lazarillo de Tormes» contiene la descripción y crítica de unos cuantos tipos de la sociedad del siglo XVI, expone temas que son esencia de la vida española de aquella época—religión, honor, clases sociales—, y sobre todo, expresión de la miseria que imperaba en aquellos tiempos—los del máximo esplendor hispánico, según la Historia—. Miseria integral—moral y física—que tenía que refugiarse hipócritamente en las gracias, correrías y pillerías de cualquier muchachuelo desgraciado; es decir, con recursos que no eran sino mordazas a la razón de la rebeldía y que desviaban el sentido ético y de responsabilidad de los que las sufrían. Los protagonistas de la novela picaresca—toda la España popular de entonces—, para poder subsistir, tenían que aprender a robar, a mendigar, a defenderse por medios torcidos, por malas acciones.

Y a esta triste gama escrita de aventuras humillantes se le llamó y se le sigue llamando gracia pícara, ingenio, etc.: todo lo necesario para que filólogos y críticos exploten el filón de un gran género literario.

La miseria de aquella novela y la novela de aquella miseria han transmitido y fomentado de generación en generación, como una mala herencia, la formación sumisa del clásico tirachaquetas, de la infinita y variada multitud de golfillos mendicantes que no han aprendido aún la noble obligación de exigir. M. C.

traste de su danza de perfecto ritmo exterior, en la que los trenzados y las pausas también obedecen al mandato inflexible de la medida justa, pero su distribución y su cálculo dependen ya de un impulso propio. Crecientemente, la expresión de sus movimientos va recobrando su anulado espíritu, y en una lucha de exactitudes y desproporciones extiende los brazos que han de convertirse en alas cuando una grúa le recoge y le eleva, rompiendo alcances verticales que atraerán a los demás obreros en un afán de igualación.

Charlot se ha vuelto loco. Yo creo mejor que su reacción le ha liberado.

Mercedes COMAPOSADA

COMITÉ DE REDACCIÓN:

Mercedes Comaposada Guillén
Amparo Poch y Gascón
Lucía Sánchez Saornil

Redacción y Admón: Paseo de Santa María de la Cabeza, 26

Gráficas Nacional
Abascal, 4. Madrid

Precio de suscripción:
España, Portugal y América
Semestre, 2,40. Año, 4,80
Para el extranjero añadir importe del franqueo.

40 céntimos